

ESTUDIO DE HORRORES

Emcharos

Soy un escritor novato.

Un humilde y joven escritor de historias fantásticas y de terror. No se porqué, pero me gusta sentir miedo. Sentir escalofríos por mi piel. Observar que algo o alguien me vigila desde penumbras o infiernos. Gritar pensando que mi muerte ha llegado antes de tiempo. Estas horribles (y a la vez emocionantes) sensaciones me ocurren cuando me introduzco en mi solitario estudio y cierro la puerta a la realidad. ¿Solitario he dicho? No. No está tan solitario como pensaba. Me imagino que en mi maquina de escribir hay un gusano carnívoro que me hace sentir escalofríos; que de mi lámpara de luz nace un aura que me vigila todo movimiento que hago; o que tal vez al abrir un libro, un dibujo viviente se desprenda de él y me haga gritar de locura. Todo puede suceder.

Los libros. Es mi biblioteca la cueva donde duermen todos mis miedos. La fuente de inspiración a mis horrores. La enseñanza para saber y entender el terror. Ella me hace temblar, observar y gritar. No me fio lo más mínimo de su siniestro poder. Ese poder puede apoderarse de mis cinco sentidos. De hecho, se apodera de ellos. Veo la sección de Clive Barker, y de repente mi estudio se ve dominado por oscuridad, niebla y cadenas. El aura de mi lámpara se apaga, muere con lentitud y agonía. Presiento que están aquí. Los cenobitas están aquí, liderados por Pinhead. Estoy seguro que vienen a por mí, para llevarme a los abismos de la tortura y hacerme sufrir tanto como jamás nadie ha sufrido.

Dominando a Barker, en la estantería de arriba, se encuentra Franz Kafka. Solo con nombrarle, siento que una terrible metamorfosis se produce en mi cuerpo. Puede que me convierta en un asqueroso lagarto, o en una repugnante araña. Mis padres, mis hermanos, toda mi familia me repudiarán. No querrán saber nada de mí. Y moriré solo, triste y melancólico encerrado en mi estudio.

Junto a Kafka, a su izquierda, reposa Edgar Allan Poe. Y es ahí cuando alguien (o algo) me molesta mientras escribo. Alguien que llama a mi ventana. No se si debo abrirla, o

mantener mi trasero pegado a la silla. Pero aquella llamada perdura. Pierdo los nervios, y agitado, abro de golpe la ventana. Es un cuervo. Un oscuro e inofensivo cuervo. El pájaro me mira penetrante, sin mover siquiera un ala. Una mirada que me hechiza, me envenena. Hasta el punto que mi alma, del fondo de esa sombra que flota sobre el suelo, no podrá liberarse ¡nunca más!

Indagando por más y más estanterías, encuentro a Charles Dickens. Gracias a este autor, la puerta que encierra a los espíritus o fantasmas se abre con un chirrido, adentrando a estos seres en mi estudio. El Fantasma de la Navidad Pasada me traerá los amargos recuerdos de mi niñez, cuando mi regalo de Reyes siempre solía ser una buena paliza de mi alcohólico padre o ver como un desconocido se follaba a mi madre a escondidas. El Fantasma de la Navidad Presente es mucho peor. En plena Nochebuena estoy en la ruina, haciendo un trabajo inútil como es el de escribir. Un trabajo por el que me pagan una miseria. Para colmo, mi novia me ha dejado por otro y mis amigos ya no quieren saber nada de mis preocupaciones. El Fantasma de la Navidad Futura será el Apocalipsis Final. Llegada la Nochevieja moriré enfermo y solo, tirado en la calle e intentando sobrevivir entre ratas y perros salvajes. No habré visto un libro publicado con mi nombre. Un escritor frustrado. Eso es lo que seré.

El soñador de Providence. O lo que es lo mismo: Howard Phillips Lovecraft. Quien sino un soñador podría haber creado a seres tan abominables como aquellos Mitos de Cthulhu. Puede que yo también me convierta en un Profundo. Un hombre-pep. Que viva para toda la eternidad en una ciudad bajo el océano, dando tributo a mi verdadero dios: Dagon, el Dios-Pep. Recitar las palabras mágicas del Necronomicón es la llave de entrada a ese mundo submarino. Todavía no me veo preparado. Realmente tengo miedo a lo que pueda ocurrir después de leer ese libro maldito. Quizás la verdad sea mucho más terrorífica que la ficción...

En las estanterías del medio, Michael Ende es quien me salta a la vista. Pienso en La Historia Interminable, y de repente, se me olvida de qué iba la historia. Intento retomar el pulso con la máquina de escribir... pero la máquina ha desaparecido. Incluso la mesa que la

sostenía ya no está. Nada queda de mis folios escritos, de las estanterías amontonadas de libros. Nada queda de lo que antes había sido mi estudio. Vacío. Lo que veo es vacío. Ni siquiera están las paredes o el techo. Todo se lo llevó la Nada. Bueno, todo no. Yo todavía no me siento vacío. Pero pronto formaré parte de ello.

A veces, el miedo no tiene porque ser un demonio. O un lagarto mutante. Un fantasma, un Dios-Pez o simplemente la Nada. El miedo puede engañarnos. Nos puede hacer creer que la chica más inocente puede llegar a ser la más perversa que existe (Carrie). O que un tierno y adorable San Bernardo se transforme en una bestia asesina (Cujo). Tu coche, por ejemplo, podría acabar con tu vida mientras escuchas relajado en el asiento rock 'n' roll de los 60 (Christine). O tal vez la casa o el hotel donde residas te lleve a los confines de la paranoia y el horror (Hotel Overlook). Si. Estamos en la sección de Stephen King.

Para terminar este pequeño e intenso viaje al mundo de la fantasía y las pesadillas, recomiendo a todos esos escritores novatos que, como yo, buscan el miedo como fuente de inspiración a sus escritos, mis dos primeros iconos en este tenebroso género: Drácula y el monstruo de Frankenstein. Sus creadores (resaltando en mitad de mi biblioteca), Bram Stoker y Mary Shelley, respectivamente. Son ellas, sus criaturas, las primeras que me agarraron del cuello y me llevaron consigo a encerrarme en este lúgubre estudio. En concreto, Drácula me mordió con sus afilados colmillos y me hizo tan terrorífico como el conde. El monstruo de Frankenstein sí me agarró con fuerza, sin soltarme ni dejarme escapar. Me obligó a dirigirme por estos caminos sombríos de la literatura. Poco a poco, esos caminos fueron llevándome a otros destinos, otros monstruos. Otros escritores. Hasta el día de hoy, donde aquí, en mi estudio, me hallo con todos ellos.

Mi estudio es mi peculiar castillo encantado. Es donde los murciélagos y demás seres de la noche me inyectan su terror para así hacerlo mostrar en mi trabajo. Pero sigo siendo un escritor novato. Aun tengo mucho que aprender, y mucho miedo por el que pasar.